



por J. FERNANDEZ

posa que cree infiel? ¿Qué provecho se sigue para el hombre de sentirse coaccionado por esa vigilancia que parece quitarle su libertad, su personalidad e iniciativa?

Estas y otras muchas preguntas se pueden hacer, y tal vez todos nos las hemos hecho, referentes a este problema que se encuentra disperso y fuertemente señalado en toda la Biblia. Quisiera en esta nota arrojar alguna luz sobre el problema, en cuanto esto es posible.

Que existen celos de Dios en la Biblia, es claro. Enseguida lo vamos a ver detenidamente. Pero para su exacta comprensión necesitamos decir una palabra previa sobre lo que se suelen llamar *antropomorfismos* y *antropopatismos* bíblicos.

Antropomorfismos y antropopatismos

El pueblo de Dios tenía un gran peligro de intenso y variado politeísmo. Pero, por otra parte, si recibía de Dios una revelación muy abstracta, exclusivamente esencialista, corría el peligro de deísmo, concibiendo a Dios como único pero sumamente trascendente y apartado del mundo. Un Dios que no se preocupa de los hombres. Para evitar este doble peligro —politeísmo y deísmo— Dios quiso manifestarse a su pueblo como Dios personal, cercano a él, interviniendo en todos los problemas de la vida de su pueblo y conduciéndolo en todos los momentos de su existencia hasta llevarlo a los tiempos novísimos de Cristo. Para esto Dios se da a sí mismo el nombre de JAHVE y permite que los hombres le atribuyan rasgos humanos, dejando a salvo su omnipotencia y trascendencia. Esta atribución de rasgos humanos es lo que se llama antropomorfismo y antropopatismo.

Los antropomorfismos y antropopatismos tienen el peligro de crear una imagen de Dios demasiado humana. Pero evitan que la creencia en Dios se resuelva en un concepto puramente abstracto: Dios sin personalidad ni providencia.

Dios quiere que los hombres tengan un concepto claro de El, aunque para ello tenga que expresarse de manera humana atribuyéndose epítetos y cualidades propias de los hombres.

Veamos un pasaje típico: *“He aquí el nombre de Jahvé que viene de lejos. Arde su cólera, es un violento incendio, sus labios respiran furor, su lengua es como fuego abrasador, su aliento como torrente desbordado, que sube hasta el cuello para agitar a las naciones en la criba de la destrucción y poner bozal de engaño a las mandíbulas de los pueblos”* (Is. 30, 27-29).

En algunas ocasiones, Dios aparece arrepentido de haber castigado a su pueblo, otras veces se acerca a los hombres con aspecto humano: se le describe, a veces, riendo, burlándose, hasta dando un silbido con el que pone en conmoción y dirige poderosos ejércitos.

Estos son los antropomorfismos y antropopatismos: una concepción humana y hasta cierto punto, naturalista de Dios. Pero Dios lo prefiere así antes de que se le conciba de un modo exclusivamente trascendente y lejano.

No obstante, en la Biblia nunca se llega a un exclusivismo naturalista de Dios. Los antropomorfismos están compensados con otras expresiones que ponen de relieve su trascendencia. “Yahvé no es un hombre para arrepentirse” (Job 10,4 ss.) (1).

Los celos

Dios se hace conocer y nombrar en la Biblia como *el Dios celoso*. Esta pasión humana aplicada a Dios es uno de los antropopatismos con que El se dio a conocer ante su pueblo.

(1) Puede verse también: núm. 23,19; Os. 11,9.

Podríamos definir los celos descriptivamente como la sospecha, inquietud y cólera de que la persona amada haya puesto su cariño en otra persona distinta. Son un deseo vehemente y dominante de alcanzar, poseer y gozar sólo para sí un bien de singular estima.

Los celos humanos, pues, presentan una doble faceta: la del amor herido y el rencor ante el desprecio recibido.

Prescindiendo de otras acepciones de la palabra *celos* en la Sagrada Escritura, hay en el Antiguo Testamento abundantes pasajes que aplican a Dios la pasión de los celos como la hemos descrito.

Jahvé aparece con frecuencia ante su pueblo como un hombre enfurecido ante los pecados, como un marido que siente celos ante la infidelidad de su esposa. Así manifiesta la profundidad y la cercanía de su amor a Israel.

El sentimiento de los celos aparece ya en el comienzo de la historia de la salvación, pero alcanza su verdadero significado bíblico en la Alianza. Dios quiere ser correspondido en su amor hacia los hombres; tiene, para ello, un doble derecho: el de la creación y el de la alianza particular con su pueblo. Por eso el Deuteronomio amenaza a los que no cumplan los mandamientos de la alianza: "Jahvé no perdonará a ése, sino que se encenderá contra él la cólera y los celos de Jahvé. Caerán sobre él todas las maldiciones escritas en este libro" (Dt. 29,19) (2).

Cuando el pueblo desprecie la Alianza y sus preceptos, Dios se mostrará como un cónyuge agitado por la ira y los celos contra la esposa que le ha sido infiel...

La prostitución ante los dioses de la que habla el Exodo (34,15-17) supone la unión conyugal entre Jahvé e Israel por razón de Alianza. El vínculo que constituye esa Alianza, es de tal naturaleza en profundidad e intimidad, que apenas puede ser comparado a ningún vínculo humano sino al del matrimonio. La adoración de otros dioses viene a ser, por ello, como una prostitución, más propiamente, como un adulterio.

Los profetas hablan frecuentemente de los celos de Jahvé como cólera, fuego y furor que devorará al pueblo de Israel por no haber guardado los preceptos y haberse desviado por caminos de perdición. "Te juzgaré como se juzga a la adúltera y a la homicida y te haré víctima de mi furor y de mis celos" (Ez. 16,38) (3).

Los celos de Dios expresan la energía de su santidad con la que juzga toda transgresión de su ley "ya que oídos celosos lo escuchan todo y el rumor de los murmullos no se le encubre" (Sap. 1,10).

La Alianza

Entre Jahvé y su pueblo hay un pacto. Dios ofreció su amistad al pueblo hebreo y éste la aceptó con todas sus consecuencias. El lazo que desde entonces le une con Jahvé no es solamente la servidumbre de la criatura, sino la correspondencia a una amistad libremente aceptada. Por esta alianza el pueblo hebreo se convierte en pueblo escogido. Las palabras "laós" (pueblo) y "ecclesia" (del hebreo "qahal", comunidad, pueblo) las toma el Nuevo Testamento del Antiguo para designar el pueblo de Dios.

(2) Dt. 4,24; 5,9; 32,6-18. Ex. 20,4-6; 34,14; Nahum 1,2; Jos 24,19.

(3) Ez. 5,13; 38,19. Soph 1,18.

Tan propia y profundamente el pueblo israelita es el pueblo de Dios que se hace una contraposición entre éste y los demás pueblos. La palabra pueblo la reserva Oseas exclusivamente a Israel; los demás serán "no pueblo" (Os. 1,9).

Jahvé ama a Israel como a una esposa. Es El quien escoge esta comparación tan íntima, tan sentida y tan honda.

El antiguo testamento con el lenguaje del Cantar de los Cantares, y también con las recias admoniciones proféticas, presenta al pueblo de Dios como su esposa.

El matrimonio como expresión de la unión entre Dios y su pueblo simboliza otra unión más estrecha y más íntima cuyo prototipo supremo es el encuentro inmanente y eterno de la Primera Persona de la Sma. Trinidad con la Segunda en unión del Espíritu Santo. Esta unión, en nosotros, se realiza por la gracia.

Dios no podía sentirse insensible ante las deserciones de su pueblo. Como se complacía en su lealtad, así mostraba su enojo por su ingratitud e infidelidad.

Dios siente por tanto celos de "su esposa" y la castiga, según el derecho que le da la alianza pactada, con dureza. Pero cuando la ve sola y arrepentida, siente nostalgia de ella porque la ama mucho, la ama de verdad. "Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud y te confirmaré un pacto eterno.....Cuando yo te haya perdonado todo lo que has hecho, declara el Señor Yahvé" (Ez. 15, 60-63).

Dios tiene como objeto en todas manifestaciones un fin sublime, y cuando se deja ver en la Biblia como "Dios celoso" nos está diciendo hasta dónde llega su amor a los hombres, hasta dónde llega el hombre cuando ofende su omnipotencia divina.

Esta manifestación del amor de Dios exige de parte del hombre la plenitud de la correspondencia, expresada en el primer mandamiento de la Ley; "Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas y con toda tu alma".

